



EDITORIAL

La palabra fue quizá, en su origen, mágica. La capacidad de nombrar a una entidad de la realidad material o abstracta, además de ser un acto poético, fue en sus inicios un acto de magia y de poder sobrenatural. No olvidemos que las artes en el comienzo del ser humano nacieron por necesidades espirituales y, por ende, para constituir el ritual; la palabra no está ajena a ello, ya que para que exista ritual, magia y el efecto del poder asombroso de ésta, se necesita la palabra como entidad creadora y poética. No se puede pensar, por ejemplo, al conjuro ni a la maldición sin una unidad de denominación que enuncie dicha realidad.

Para algunas religiones, como la judeocristiana, el todo nació del verbo del creador, porque la palabra es poética, es decir, creadora; y la magia parte de la creación para tener efecto. La literatura, especialmente la poesía, por ejemplo, según Platón en *Íón*, era el mensaje dictado por el numen al aedo, cuya creación rompe los límites de la razón y la lógica por un estado entusiasmado en el que éste accede al mundo suprasensible para comunicar el mensaje divino. Gilbert Highet en *La tradición clásica. Influencias griegas y romanas en la literatura occidental* establece la relación de la palabra y la magia a partir de la concepción de la escritura después del progreso cultural, político y literario que tuvo el Imperio romano, en el que, tras una serie de enfrentamientos bélicos y pestes, la cultura quedó relegada y el analfabetismo fue prominente, tanto que para los bárbaros

del norte la escritura fue algo tan poco común que se le consideraba mágico, al igual que a las personas que tenían la capacidad de entenderla, se les veía como seres dotados de habilidades necrománticas y otras de igual ingenio y destreza. De ahí que *glamur*, palabra que viene del inglés *grammar* (“gramática”), significó “magia” u “ocultismo”.

No podemos negar que cuando se piensa en magia, en brujería o en hechicería, recordamos espacios naturales, ya sean oscuros o de insondable vegetación, en el que la persona que tiene el don de profesarlas se reúne con similares para profesar el rito y la capacidad mágica. Esto es porque la naturaleza ha sido la gran maestra, la que, antes del cristianismo, ha mantenido oculto el conocimiento inescrutable o, después de éste, el espacio donde las fuerzas demoníacas toman el control y seducen a los mortales para disfrutar una vida de placer y sufrir una eternidad de condena.

De ahí que las mujeres hayan sido consideradas mayormente brujas, porque, además de su dominio de la palabra, como nos dice Ángeles Montañez en la entrevista aquí publicada, han tenido mayor cercanía con la naturaleza —como lo dice el ecofeminismo— por haber estado limitadas al espacio privado y, por lo tanto, a espacios naturales. Sin olvidar, claro está, de la sibila, la vidente céltica y la sacerdotisa pagana, antecesoras no directas, pero relacionadas, de la bruja; o a figuras míticas o literarias como Circe, Medea, Hécate, la Celestina o las brujas de *Macbeth*, por mencionar algunos nombres.

Pirocromo celebra ahora la palabra entendiéndola como ente mágico, germen del mito y el conocimiento. Este número está integrado de textos y material gráfico que invitan a pensar a la brujería, la hechicería y la magia como inspiración literaria y poética, como es el caso de la *Noche rústica de Walpurgis* del poeta potosino Manuel José Othón. Pase y lea las visiones mágicas o brujeriles que abordan a la magia como la capacidad de *dar vida*, como en *Ordalia macabra*, pero incapaz de romper la ley que trasciende la propia existencia, la habilidad de leer el destino en las hojas de té en *El destino en taza rota* o en *Casta Diva* la misteriosa habilidad de guardar en la eternidad la naturaleza efímera de la voz, vehículo de la palabra.

Daniel Isaí Mata Velázquez



Bruxhas, Kevin Rodríguez (Blackout).